





Norte de Francia, temiéndose que puedan reproducirse las huelgas.  
 A fines de la próxima semana se espera en esta al heredo de Austria. Después marchará a Praga, donde permanecerá hasta fin de año.—*Agencia española.*  
**San Petersburgo, 9.**  
 El príncipe de Gortchakoff irá muy pronto a Wildbad.  
 El czar se trasladará en breve a Livadia.  
 Los rusos comenzarán a ocupar Varna.  
**Constantinople, 9.**  
 El ejército ruso se prepara para evacuar los alrededores de esta capital.  
**Roma, 9.**  
 El cardenal Nina acepta la subsecretaría de Estado, asegurándose que seguirá la política que su antecesor, monseñor Franchi.  
**Vienna, 9.**  
 El 7 del actual ha sido ocupada por las fuerzas austriacas la plaza de Znic, en la Herzegowina, después de un encarnizado combate de nueve horas de duración contra los insurrectos.—*Sabra.*  
**París, 9.**  
 En la bolsa se han cotizado:  
 El 3 por 100 francés a 76.45.  
 El 3 por 100 id. a 76.70.  
 Exterior 60, a 60 (bolsin 13 3/4).  
 Interior 60, a 60 (bolsin 12 3/4).  
 Amortizable, a 41 1/2 (bolsin 30 3/4).  
 Consolidados, 87 1/2.  
**BOLSIN.**—Ayer no se hicieron operaciones.

La organización de 88 estaciones meteorológicas en los Estados Unidos, establecidas desde el lago Winnipeg al golfo de Méjico, y del Pacífico al Atlántico, permite hoy estudiar los grandes movimientos atmosféricos. En dichas estaciones, los cálculos se notan matemáticamente a un tiempo, y por tres veces diarias, por medio de aparatos exactos. Los datos se remiten por el telégrafo y son utilizados convenientemente.  
 El Sr. Hebert se ha encargado de la limpieza de todas aquellas costas, empleando el tiempo trascurrido desde el 1.º de octubre de 1876 al 31 de marzo de 1877, con objeto de estudiar los movimientos del sircos, alquilo ó Sudest al través de las montañas Pedregosas. Durante este período de estudio se ha notado que el viento reina continuamente en la dirección oriental de las cordilleras que corren el continente americano. El sircos se produce allí siempre en cada cordillera y en dos puntos distintos, precisamente frente a los collados que sirven de comunicación a dos valles opuestos, por ejemplo, pasando por Cheyones, entre el punto que separa el Colorado de la Nebraska, y que atraviesa la gran vía férrea del Pacífico. A cada golpe de viento sucede un verdadero torbellino, cuyos efectos suelen notarse en el golfo de San Lorenzo, en la costa de Nueva-Escocia ó al Sud de Terranova, que se alean progresivamente.  
 Después de mil curiosas investigaciones, el Sr. Hebert ha descubierto que dichos torbellinos llegan a la parte septentrional de Europa y hallan generalmente comunicación en la gran abertura que separa la costa occidental inglesa y noruega de la costa oriental greenlandesa, yendo a parar algunos al canal de San Jorge ó al de la Mancha, en dirección del mar del Norte.  
 Resulta de estos estudios que la mayor parte de las tempestades originadas por esos golpes de viento proceden de las montañas de América. Así se ha llegado a probar que el violento temporal ocurrido el día 11 de noviembre de 1876 que trajo grandes devastaciones a Portugal, tania por causa otro mayor, si cabe, ocurrido dos días antes en las islas Canarias y las de Madera.

Se han recibido en Santander 1.234340 pesetas en oro para satisfacer sus alcances a los soldados que desembarquen allí procedentes de Cuba.  
 El arreglo de la secretaría de Hacienda ha quedado reducido a la supresión de dos plazas de auxiliares y creación de otras de escribientes.  
 Han sido nombrados: D. Hilario Rivero y Sáenz de Aizpuru, primer administrador de Hacienda pública de La Laguna; D. Juan José Rodas y Velasco,

oficial interventor de Hacienda de Davao, y D. Francisco Rodríguez Saavedra, oficial de la administración central de colecciones y labores de tabacos de Filipinas.  
 El tribunal correspondiente instruya la debida sumaria con motivo de haberse publicado clandestinamente un libro que ataca a la disciplina militar y que se ha intentado repartir entre las clases de ejército.—*(Diario Español.)*  
 Ya está nombrado el personal afecto a las nuevas secciones de estadística territorial. Los funcionarios fueron elegidos a propuesta de la dirección general de Contribuciones.  
 Difícil es esta tarde en el salón de conferencias del Congreso, que el señor general López Domínguez había celebrado en Málaga una conferencia importante para ciertos elementos políticos con un ex-ministro demócrata que reside accidentalmente en la capital mencionada.—*(Diario Español.)*  
 El Sr. Oya, interventor que fué de Hacienda, se encargará de la delegación general de contribuciones del Banco de España, cuyo nombramiento quedó ayer acordado.  
 La recaudación de aduanas en la isla de Cuba ha tenido un aumento de 320000 duros en el mes de julio último.

No es exacto como aseguran algunos periódicos que haya habido alboroto alguno en Medinasiona. Lo que ha ocurrido es que algunos trabajadores, en vista de las obras públicas que se están llevando a cabo en aquella localidad, se han acercado a aquellas autoridades pidiendo ocupación en estos trabajos.  
 En los días desde el 13 al 19 del corriente mes se celebrarán en el pueblo de Alhamas de Aragón grandes fiestas, corridas de toros, ferias y fuegos artificiales.  
 Algunos demócratas coalicionistas de Madrid han recibido cartas de cor-religionarios suyos de Málaga, anunciando que se trabaja activamente en aquella ciudad, para que pronto, muy pronto, sea un hecho la coalición entre los elementos más exaltados de la democracia malagueña.—*(Diario Español.)*

Han sido declarados santos el director del lazareto de Santander, don Raimundo del Amo, y el farmacéutico del mismo, Sr. Gargal.  
 Uno de los motivos que hace más necesaria la vigilancia municipal, auxiliada por personas periciales en el examen de las carnes que se expenden en los mercados públicos, es la posibilidad de que se encuentre en ellas la triquinosis.  
 El suceso lamentable ocurrido hace ya tiempo en Villar del Arzobispo, suceso que originó la muerte de varias personas, ha hecho que se fije la atención de las autoridades sobre este punto; pero los buenos deseos de la dirección general de Sanidad serán estériles, si cada cual desde su puesto no procura secundarlos.  
 Inspirados en estos sentimientos y animados por el deseo de prestar nuestra modesta cooperación a todo aquello que pueda redundar en beneficio de la localidad, escribimos las presentes líneas, que nos alegraríamos no fuesen semillas caídas en eriales.  
 El triquino espiral fué descubierto por Owen en 1836, y ha sido desde entonces objeto de estudios muy curiosos, de los que vamos a hacer una ligera reseña.  
 El triquino es un verme filiforme, arrollado en espiral, de dos milímetros de largo por medio de grueso, si es hembra, y la mitad, respectivamente, de las anteriores dimensiones, si es macho. Se encuentra en la carne muscular cuando su desarrollo es incompleto, y necesita ser trasladado al conducto intestinal para pasar a la categoría de gusano adulto. Su evolución generadora es como sigue: El triquino in-

completo, de los micelios; se halla envuelto por una cubierta vascular de paredes resistentes, y que se infltra, pasando algún tiempo, de granulaciones calcaresas.  
 Dentro de esta cubierta viven aislados los machos de las hembras, sin poder procrear; pero si el hombre come carne infestada por los triquinos; los ácidos del estómago disuelven las paredes de la cubierta que los encierra, y el verme, libre ya en el tubo digestivo, completa rápidamente su desarrollo, y fecunda las hembras, que seis días después producen un número prodigioso de embriones filiformes.  
 Apenas estos triquinos de nueva formación se encuentran en la superficie del estómago, se piden en movimiento, y emprenden su emigración en busca de otros órganos, perforando en su marcha las paredes del conducto intestinal y cuantos órganos se encuentran a su paso, hasta que llagan a la carne muscular, y ya allí, como si hubieran encontrado su elemento, se arrollan primero y se aíslan después en la membrana de que ya hemos hecho mérito.  
 Durante su peregrinación a través del organismo, provocan trastornos funcionales en relación con su número y con el órgano que atraviesan, trastornos digestivos, dificultad de respirar, dolores y falta de fuerzas en las estremidades, fiebre, pérdida del conocimiento, convulsiones, postración, y la muerte, en fin, puede ser acarreada por ellos cuando invaden en gran número nuestra economía.  
 La carne infestada de triquinos se distingue de la carne buena, en que está más blanda y se encuentra salpicada de pequeños nódulos apreciables por el tacto y perceptibles con lentes de algún aumento.  
 Los triquinos pueden encontrarse en toda clase de animales carnívoros y omnívoros; pero principalmente las carnes que el hombre consume en que pueden presentarse, son la de cerdo y la de ciertas aves, aunque tan solo en la primera se supone verdadero peligro, por ser la única que suele usarse al cocer. El someter la carne de cerdo a la acción de una elevada temperatura, es el medio más eficaz para sustracción a la acción de los triquinos, si bien es preferible que las carnes no los tengan.  
 Bastan las anteriores observaciones para que los encargados de velar por la higiene y por la salubridad pública comprendan de cuánta monta es la excesiva vigilancia, en la que no debe haber hora de desmayo ni punto de transacción, con los que pueden alterar aquellas expendiendo sus productos.

Ayer a las diez en la verbera de San Lorenzo le fué robado el reloj al alcalde del barrio del Alamo.  
 Al cielo desplegado por el juez de primera instancia del distrito de la Latina, D. Enrique Higuera Pison, en la célebre causa de doña Baldomera, se debe el que dentro de breves días sea la causa elevada a plenario.  
 Anoche a la una próximamente se produjo una alarma en la Carrera de San Jerónimo al oír las voces de *ladrones!* que salían de la tienda de flores de la misma calle. Agregáronse los transeuntes, intervinieron los agentes de la autoridad y resultó que la alarma era inmotivada, y que los gritos los dió un muchacho que se despertó soñando.  
 A la misma hora próximamente se oyeron las mismas voces de *ladrones!* en la calle del Carmen en el colegio de niñas, resultando también que no ocurría de particular otra cosa que el miedo de unas educandas que se encontraban solas en una habitación.  
 Las autoridades de las provincias telegrafaron anoche al gobierno dando cuenta de la tranquilidad que se disfruta en todas partes, sin que haya el menor síntoma de que pueda alterarse el orden público.  
 Dice un periódico que algunos diputados centralistas se reunirán dentro

de pocos días para resolver si debe publicarse nuevamente el *Parlamento*.  
 No sabemos si esta cuestión llegará a celebrarse, pero nos consta que se trabaja activamente para volver a publicar aquel periódico.  
 Ayer a las ocho de la noche en la calle de Carretas, frente al callejón de San Ricardo, fué maltratado a golpes el alcohol del barrio de la Cebrada, por tres cocheros, causándole varias contusiones en la cabeza. Uno de los cocheros fué detenido y puesto a disposición del juzgado de guardia.  
 Ayer tarde, en la calle de Rodas, pátio, estando limpiando un joven su revólver, se le disparó, hiriéndole gravemente en la cabeza.  
 Fué conducido al hospital General en grave estado.  
 La partida que se levantó en Naval-moral y que según los telegramas de ayer se dirigía a Almazan, no ha penetrado en este pueblo. Se oía que atravesaría el Tajo para entrar en la ciudad del río, pero el último telegrama de anoche del gobernador civil de Cáceres participa que se dirigían los Insurrectos a Serrejon activamente perseguidos por fuerzas del ejército.  
 Por el ministerio de Marina se ha encomendado el encargo de proponer la organización de una escuela de torpederos a una comisión compuesta del general Rivera como presidente, los señores Tudela, capitán de navio de primera clase, Urcullu ingeniero inspector de primera, Corvera capitán de fragata y Ginart, ingeniero jefe, como vocales y secretario el capitán de artillería don Ramon Albarán.

Se ha calculado como sigue el número de los caballos en los varios países del continente de Europa y en los Estados Unidos de América. En Rusia hay 16,600,000; en los Estados Unidos, nueve millones 302,400; en Alemania tres millones 352,231; en Francia 2,727,238; en Austria-Hungría 3,694,344 (de los cuales 2,798,111 pertenecen a Hungría); en Italia 6,575,441; en Suecia y Noruega 688,486; en España 382,009; en Dinamarca 216,370; en Bélgica 282,653; en Holanda 260,056; en Suiza 100,934; en Grecia 89,938 y en Portugal 79,716. La proporción de caballos para cada 1000 habitantes es de 227-05 en Rusia; de 244-16 en América; de 173-35 en Dinamarca; de 100-99 en Hungría de 114-88 en Suecia; de 86-10 en la Gran Bretaña; de 81-65 en Alemania, y de 18-23 solamente en Portugal. Respecto a mulas se cuentan 1628 en Alemania; 303,778 en Francia; 149,938 en Austria-Hungría (3266 de los cuales se hallan en Hungría propia); 293,988 en Italia, y en España el número extraordinario de 6,663,472.

En la actualidad se hallan en la provincia de Murcia y en productos 614 minas de plomo, 113 de hierro, 40 de zinc, 44 de azufre, 11 demasías de plomo, 8 minas de cobre y 7 de alumbre. Hallándose paradas y en trabajos de explotación 369 de hierro, 16 de cobre, 25 de zinc, 20 de alumbre, 17 de plata, 10 de manganeso, 9 de hulla, 7 de platino, 7 de sal, 3 de antimonio, y 1 de fosforita. La generalidad de estas se hallan enclavadas en Cartagena, La Unión, Mazarrón, Lorca, Aguilas y Murcia, habiendo también en pequeña escala algunas en Cieza, Totana, Pliego y Alhama, y algunos otros pueblos de la provincia.  
 Por noticias llegadas de Chicago, se ha sabido que ha ocurrido en Capron (Illinois) una desgracia singular.  
 A principios de mayo de este año llegó a dicho pueblo un Sr. George W. Burleigh, antes residente en Ohio, con el propósito de establecer una peluquería.  
 Burleigh era persona instruida y de esmerada educación, con lo cual merecía ser tenido en muy buen concepto entre sus convecinos, quienes recientemente observaban en él que parecía muy caviloso, aunque nada decía a sus amigos respecto a sí mismo; al contra-

rio, en sociedad y en todas partes se manifestaba decidido y satisfecho.  
 El domingo último publicó un cartel anunciando a los habitantes de Capron que, con objeto de proporcionar a sus convecinos la oportunidad de satisfacer el deseo manifestado varias veces por ellos de presenciar una ejecución semejante a la de dos criminales habida en Chicago hace poco tiempo, daría una interesante conferencia pública en Thornton Hall, el día 23 por la noche, y que al terminar su peroración gratificaría a su auditorio con el espectáculo de dispararse él mismo un tiro de revólver en la frente.  
 Decía luego que el precio de entrada sería de un peso, que la suma recaudada se destinaria al pago de sus honorarios, y que el resto de ella se invertiría en la compra de obras escritas por Huxley, Tyndall y Darwin, que serían regaladas a la biblioteca del pueblo, y terminada manifestando que la idea que le inspiraba al poner fin a su vida era la de asegurar para sí la paz eterna por aniquilamiento.  
 La población entera de Capron celebró la original ocurrencia de Burleigh para llamar la atención pública, y por la noche, a la hora fijada en el anuncio, había un lleno completo en Thornton Hall. Entonces apareció en la tribuna el orador y pronunció un extenso y correcto discurso cargado de citas científicas tomadas de obras materialistas, manifestándose declarado defensor del ateísmo, y a continuación, como para justificar con los hechos, las frases de desprecio a la vida que acababa de pronunciar, sacó súbitamente a revolver colocó la boca del cañón en la frente y disparando un tiro, se desahizó literalmente todo el cráneo, cuyos pedruzcos salieron ante la horriporada concurrencia. Dos amigos del desgraciado corrieron en el primer momento para evitar el espectáculo, pero por un instante no pudieron conseguirlo. La escena que se produjo en la sala del espectáculo, donde todos los asistentes fueron dominados por la sorpresa y el terror, fué indescribible.  
 El difunto Burleigh, víctima del mas lastimoso desecamiento, producido por la mala interpretación de las verdades científicas, ha dejado escrito que su cadáver sea enviado a disposición de sus amigos en Cincinnati.

Ha llegado a la Península la primera tiple de zarzuela doña Purificación Avila de Ramon, procedente del Río de la Plata, Chile, Perú y el Brasil, en cuyos principales teatros ha trabajado con extraordinario éxito siete años consecutivos.  
**UN CONSEJO UTIL.**—Hay profesiones que predisponen más que otras a la anemia, y así es en los escritores, los que están consagrados al estudio, los oficinistas y en general todos los que deben observar una posición sentada prolongada y tener el cuerpo inclinado, como los sastres, costureras, plateros, mineros, etc.  
 No es necesario suprimir la causa que produce este estado anémico para curarlo, el efecto, en la generalidad de los casos sería pedir un imposible, pero es indispensable combatir esta causa, dando a la sangre el hierro que reclama imperiosamente.  
 Palta considerar cuál es entre las materias medicinales la preparación que la experiencia ha reconocido como la más enérgica, como la más eficaz. En esto, la costumbre de los médicos se unen a las concentradas regenera los glóbulos rojos de la sangre con una rapidez que jamás había sido observada hasta entonces, empleando los otros ferruginos.  
 Al cabo de algún tiempo, bajo la influencia del hierro Bravais, la circulación adquiere una actividad sorprendente, los colores vuelven con la frescura del verano, el apetito aumenta, así como los grados de virilidad de los órganos, a los cuales comunica una fuerza regeneradora excepcional, un vigor desusado. La salud en general se restablece. Se encuentra el hierro Bravais (hierro dializado Bravais) en todas las farmacias y en el depósito general en París, 18, rue Lafayette. Pidiéndolo, se manda franco de porte el folleto. Depósito: Por mayor, Centro de importación, Pizarro, 18, Madrid.

—¡Oh! ese hombre morirá de mi mano, —dijo Pinson,—¡miserable! Has hecho sonreír a la que un tribunal no consiguió hacer palidecer.  
 —Marchemos,—dijo Jorge a sus amigos, —y nada tenemos que hacer aquí.  
 Y colocándose entre sus amigos, llevando a Anita apoyada en su brazo, el sable desnudo en la mano, lanzóse triste y cabizbajo entre la multitud a quien ya se oponía a que se llevase a la joven, que por un momento había juzgado cómplice de Carlota.  
 La pupila de Martin iba herida en la frente, su sangre corría y el joven patriota estaba reducido a la impotencia, limitándose a abrirse paso por medio de aguiña apinada multitud, mientras su pecho estaba henchido de coraje.  
 Después de una lucha de veinte minutos, los *Hijos de París* hallaron ya paso franco, no sin que les hubiese costado gran resistencia y más de una contienda parcial, que dió por resultado algunos contusos y heridos.  
 Luis Pinson era uno de los heridos y, cosa extraña, había sido salvado en el momento de mayor apuro para él, por Brunete que llevaba el traje de cantinera y nadie había osado tirar sobre los tres colores nacionales.  
 Gracias a esta circunstancia Pinson pudo conservar la esperanza de hacer pagar un día sus culpas al verdugo Lafort.  
 VI.  
 VALOR DE UNA MADRE.  
 El lector habrá de retroceder con nosotros por un pequeño esfuerzo del pensamiento, al día en que Deforgás dejó la casa de Gringalef y del Bulo la seguridad de que las órdenes que había dado con respecto a la Marquesa se habían cumplido.  
 Gringalef le había dicho: está hecho; y Gringalef, sin embargo, había mentido.  
 Deforgás, que había mandado matar a Magdalena, comprendiendo que su tranquilidad estaba por todas partes amenazada, se decía que ya no tenía por qué preocuparse de la madre de Ninón; pero los dos cancheros no habían obedecido, y no vayan a suponerse que un sentimiento de piedad los había detenido, no; su ferroz instinto era ageno a todo buen sentimiento; pero el interés, la codicia, hicieron lo que no pudo hacer la piedad.  
 Después de algunos instantes de reflexión, y bajando la escalera de las Catacumbas, Gringalef había dicho a su amigo: —¡Demonio! La verdad es que voy a ver-

—¡Oh! ese hombre morirá de mi mano, —dijo Pinson,—¡miserable! Has hecho sonreír a la que un tribunal no consiguió hacer palidecer.  
 —Marchemos,—dijo Jorge a sus amigos, —y nada tenemos que hacer aquí.  
 Y colocándose entre sus amigos, llevando a Anita apoyada en su brazo, el sable desnudo en la mano, lanzóse triste y cabizbajo entre la multitud a quien ya se oponía a que se llevase a la joven, que por un momento había juzgado cómplice de Carlota.  
 La pupila de Martin iba herida en la frente, su sangre corría y el joven patriota estaba reducido a la impotencia, limitándose a abrirse paso por medio de aguiña apinada multitud, mientras su pecho estaba henchido de coraje.  
 Después de una lucha de veinte minutos, los *Hijos de París* hallaron ya paso franco, no sin que les hubiese costado gran resistencia y más de una contienda parcial, que dió por resultado algunos contusos y heridos.  
 Luis Pinson era uno de los heridos y, cosa extraña, había sido salvado en el momento de mayor apuro para él, por Brunete que llevaba el traje de cantinera y nadie había osado tirar sobre los tres colores nacionales.  
 Gracias a esta circunstancia Pinson pudo conservar la esperanza de hacer pagar un día sus culpas al verdugo Lafort.  
 VI.  
 VALOR DE UNA MADRE.  
 El lector habrá de retroceder con nosotros por un pequeño esfuerzo del pensamiento, al día en que Deforgás dejó la casa de Mont-Souris, después de haber recibido de Gringalef y del Bulo la seguridad de que las órdenes que había dado con respecto a la Marquesa se habían cumplido.  
 Gringalef le había dicho: está hecho; y Gringalef, sin embargo, había mentido.  
 Deforgás, que había mandado matar a Magdalena, comprendiendo que su tranquilidad estaba por todas partes amenazada, se decía que ya no tenía por qué preocuparse de la madre de Ninón; pero los dos cancheros no habían obedecido, y no vayan a suponerse que un sentimiento de piedad los había detenido, no; su ferroz instinto era ageno a todo buen sentimiento; pero el interés, la codicia, hicieron lo que no pudo hacer la piedad.  
 Después de algunos instantes de reflexión, y bajando la escalera de las Catacumbas, Gringalef había dicho a su amigo: —¡Demonio! La verdad es que voy a ver-

—¡Oh! ese hombre morirá de mi mano, —dijo Pinson,—¡miserable! Has hecho sonreír a la que un tribunal no consiguió hacer palidecer.  
 —Marchemos,—dijo Jorge a sus amigos, —y nada tenemos que hacer aquí.  
 Y colocándose entre sus amigos, llevando a Anita apoyada en su brazo, el sable desnudo en la mano, lanzóse triste y cabizbajo entre la multitud a quien ya se oponía a que se llevase a la joven, que por un momento había juzgado cómplice de Carlota.  
 La pupila de Martin iba herida en la frente, su sangre corría y el joven patriota estaba reducido a la impotencia, limitándose a abrirse paso por medio de aguiña apinada multitud, mientras su pecho estaba henchido de coraje.  
 Después de una lucha de veinte minutos, los *Hijos de París* hallaron ya paso franco, no sin que les hubiese costado gran resistencia y más de una contienda parcial, que dió por resultado algunos contusos y heridos.  
 Luis Pinson era uno de los heridos y, cosa extraña, había sido salvado en el momento de mayor apuro para él, por Brunete que llevaba el traje de cantinera y nadie había osado tirar sobre los tres colores nacionales.  
 Gracias a esta circunstancia Pinson pudo conservar la esperanza de hacer pagar un día sus culpas al verdugo Lafort.  
 VI.  
 VALOR DE UNA MADRE.  
 El lector habrá de retroceder con nosotros por un pequeño esfuerzo del pensamiento, al día en que Deforgás dejó la casa de Mont-Souris, después de haber recibido de Gringalef y del Bulo la seguridad de que las órdenes que había dado con respecto a la Marquesa se habían cumplido.  
 Gringalef le había dicho: está hecho; y Gringalef, sin embargo, había mentido.  
 Deforgás, que había mandado matar a Magdalena, comprendiendo que su tranquilidad estaba por todas partes amenazada, se decía que ya no tenía por qué preocuparse de la madre de Ninón; pero los dos cancheros no habían obedecido, y no vayan a suponerse que un sentimiento de piedad los había detenido, no; su ferroz instinto era ageno a todo buen sentimiento; pero el interés, la codicia, hicieron lo que no pudo hacer la piedad.  
 Después de algunos instantes de reflexión, y bajando la escalera de las Catacumbas, Gringalef había dicho a su amigo: —¡Demonio! La verdad es que voy a ver-

—¡Oh! ese hombre morirá de mi mano, —dijo Pinson,—¡miserable! Has hecho sonreír a la que un tribunal no consiguió hacer palidecer.  
 —Marchemos,—dijo Jorge a sus amigos, —y nada tenemos que hacer aquí.  
 Y colocándose entre sus amigos, llevando a Anita apoyada en su brazo, el sable desnudo en la mano, lanzóse triste y cabizbajo entre la multitud a quien ya se oponía a que se llevase a la joven, que por un momento había juzgado cómplice de Carlota.  
 La pupila de Martin iba herida en la frente, su sangre corría y el joven patriota estaba reducido a la impotencia, limitándose a abrirse paso por medio de aguiña apinada multitud, mientras su pecho estaba henchido de coraje.  
 Después de una lucha de veinte minutos, los *Hijos de París* hallaron ya paso franco, no sin que les hubiese costado gran resistencia y más de una contienda parcial, que dió por resultado algunos contusos y heridos.  
 Luis Pinson era uno de los heridos y, cosa extraña, había sido salvado en el momento de mayor apuro para él, por Brunete que llevaba el traje de cantinera y nadie había osado tirar sobre los tres colores nacionales.  
 Gracias a esta circunstancia Pinson pudo conservar la esperanza de hacer pagar un día sus culpas al verdugo Lafort.  
 VI.  
 VALOR DE UNA MADRE.  
 El lector habrá de retroceder con nosotros por un pequeño esfuerzo del pensamiento, al día en que Deforgás dejó la casa de Mont-Souris, después de haber recibido de Gringalef y del Bulo la seguridad de que las órdenes que había dado con respecto a la Marquesa se habían cumplido.  
 Gringalef le había dicho: está hecho; y Gringalef, sin embargo, había mentido.  
 Deforgás, que había mandado matar a Magdalena, comprendiendo que su tranquilidad estaba por todas partes amenazada, se decía que ya no tenía por qué preocuparse de la madre de Ninón; pero los dos cancheros no habían obedecido, y no vayan a suponerse que un sentimiento de piedad los había detenido, no; su ferroz instinto era ageno a todo buen sentimiento; pero el interés, la codicia, hicieron lo que no pudo hacer la piedad.  
 Después de algunos instantes de reflexión, y bajando la escalera de las Catacumbas, Gringalef había dicho a su amigo: —¡Demonio! La verdad es que voy a ver-

—¡Oh! ese hombre morirá de mi mano, —dijo Pinson,—¡miserable! Has hecho sonreír a la que un tribunal no consiguió hacer palidecer.  
 —Marchemos,—dijo Jorge a sus amigos, —y nada tenemos que hacer aquí.  
 Y colocándose entre sus amigos, llevando a Anita apoyada en su brazo, el sable desnudo en la mano, lanzóse triste y cabizbajo entre la multitud a quien ya se oponía a que se llevase a la joven, que por un momento había juzgado cómplice de Carlota.  
 La pupila de Martin iba herida en la frente, su sangre corría y el joven patriota estaba reducido a la impotencia, limitándose a abrirse paso por medio de aguiña apinada multitud, mientras su pecho estaba henchido de coraje.  
 Después de una lucha de veinte minutos, los *Hijos de París* hallaron ya paso franco, no sin que les hubiese costado gran resistencia y más de una contienda parcial, que dió por resultado algunos contusos y heridos.  
 Luis Pinson era uno de los heridos y, cosa extraña, había sido salvado en el momento de mayor apuro para él, por Brunete que llevaba el traje de cantinera y nadie había osado tirar sobre los tres colores nacionales.  
 Gracias a esta circunstancia Pinson pudo conservar la esperanza de hacer pagar un día sus culpas al verdugo Lafort.  
 VI.  
 VALOR DE UNA MADRE.  
 El lector habrá de retroceder con nosotros por un pequeño esfuerzo del pensamiento, al día en que Deforgás dejó la casa de Mont-Souris, después de haber recibido de Gringalef y del Bulo la seguridad de que las órdenes que había dado con respecto a la Marquesa se habían cumplido.  
 Gringalef le había dicho: está hecho; y Gringalef, sin embargo, había mentido.  
 Deforgás, que había mandado matar a Magdalena, comprendiendo que su tranquilidad estaba por todas partes amenazada, se decía que ya no tenía por qué preocuparse de la madre de Ninón; pero los dos cancheros no habían obedecido, y no vayan a suponerse que un sentimiento de piedad los había detenido, no; su ferroz instinto era ageno a todo buen sentimiento; pero el interés, la codicia, hicieron lo que no pudo hacer la piedad.  
 Después de algunos instantes de reflexión, y bajando la escalera de las Catacumbas, Gringalef había dicho a su amigo: —¡Demonio! La verdad es que voy a ver-

—¡Oh! ese hombre morirá de mi mano, —dijo Pinson,—¡miserable! Has hecho sonreír a la que un tribunal no consiguió hacer palidecer.  
 —Marchemos,—dijo Jorge a sus amigos, —y nada tenemos que hacer aquí.  
 Y colocándose entre sus amigos, llevando a Anita apoyada en su brazo, el sable desnudo en la mano, lanzóse triste y cabizbajo entre la multitud a quien ya se oponía a que se llevase a la joven, que por un momento había juzgado cómplice de Carlota.  
 La pupila de Martin iba herida en la frente, su sangre corría y el joven patriota estaba reducido a la impotencia, limitándose a abrirse paso por medio de aguiña apinada multitud, mientras su pecho estaba henchido de coraje.  
 Después de una lucha de veinte minutos, los *Hijos de París* hallaron ya paso franco, no sin que les hubiese costado gran resistencia y más de una contienda parcial, que dió por resultado algunos contusos y heridos.  
 Luis Pinson era uno de los heridos y, cosa extraña, había sido salvado en el momento de mayor apuro para él, por Brunete que llevaba el traje de cantinera y nadie había osado tirar sobre los tres colores nacionales.  
 Gracias a esta circunstancia Pinson pudo conservar la esperanza de hacer pagar un día sus culpas al verdugo Lafort.  
 VI.  
 VALOR DE UNA MADRE.  
 El lector habrá de retroceder con nosotros por un pequeño esfuerzo del pensamiento, al día en que Deforgás dejó la casa de Mont-Souris, después de haber recibido de Gringalef y del Bulo la seguridad de que las órdenes que había dado con respecto a la Marquesa se habían cumplido.  
 Gringalef le había dicho: está hecho; y Gringalef, sin embargo, había mentido.  
 Deforgás, que había mandado matar a Magdalena, comprendiendo que su tranquilidad estaba por todas partes amenazada, se decía que ya no tenía por qué preocuparse de la madre de Ninón; pero los dos cancheros no habían obedecido, y no vayan a suponerse que un sentimiento de piedad los había detenido, no; su ferroz instinto era ageno a todo buen sentimiento; pero el interés, la codicia, hicieron lo que no pudo hacer la piedad.  
 Después de algunos instantes de reflexión, y bajando la escalera de las Catacumbas, Gringalef había dicho a su amigo: —¡Demonio! La verdad es que voy a ver-

—¡Oh! ese hombre morirá de mi mano, —dijo Pinson,—¡miserable! Has hecho sonreír a la que un tribunal no consiguió hacer palidecer.  
 —Marchemos,—dijo Jorge a sus amigos, —y nada tenemos que hacer aquí.  
 Y colocándose entre sus amigos, llevando a Anita apoyada en su brazo, el sable desnudo en la mano, lanzóse triste y cabizbajo entre la multitud a quien ya se oponía a que se llevase a la joven, que por un momento había juzgado cómplice de Carlota.  
 La pupila de Martin iba herida en la frente, su sangre corría y el joven patriota estaba reducido a la impotencia, limitándose a abrirse paso por medio de aguiña apinada multitud, mientras su pecho estaba henchido de coraje.  
 Después de una lucha de veinte minutos, los *Hijos de París* hallaron ya paso franco, no sin que les hubiese costado gran resistencia y más de una contienda parcial, que dió por resultado algunos contusos y heridos.  
 Luis Pinson era uno de los heridos y, cosa extraña, había sido salvado en el momento de mayor apuro para él, por Brunete que llevaba el traje de cantinera y nadie había osado tirar sobre los tres colores nacionales.  
 Gracias a esta circunstancia Pinson pudo conservar la esperanza de hacer pagar un día sus culpas al verdugo Lafort.  
 VI.  
 VALOR DE UNA MADRE.  
 El lector habrá de retroceder con nosotros por un pequeño esfuerzo del pensamiento, al día en que Deforgás dejó la casa de Mont-Souris, después de haber recibido de Gringalef y del Bulo la seguridad de que las órdenes que había dado con respecto a la Marquesa se habían cumplido.  
 Gringalef le había dicho: está hecho; y Gringalef, sin embargo, había mentido.  
 Deforgás, que había mandado matar a Magdalena, comprendiendo que su tranquilidad estaba por todas partes amenazada, se decía que ya no tenía por qué preocuparse de la madre de Ninón; pero los dos cancheros no habían obedecido, y no vayan a suponerse que un sentimiento de piedad los había detenido, no; su ferroz instinto era ageno a todo buen sentimiento; pero el interés, la codicia, hicieron lo que no pudo hacer la piedad.  
 Después de algunos instantes de reflexión, y bajando la escalera de las Catacumbas, Gringalef había dicho a su amigo: —¡Demonio! La verdad es que voy a ver-

—¡Oh! ese hombre morirá de mi mano, —dijo Pinson,—¡miserable! Has hecho sonreír a la que un tribunal no consiguió hacer palidecer.  
 —Marchemos,—dijo Jorge a sus amigos, —y nada tenemos que hacer aquí.  
 Y colocándose entre sus amigos, llevando a Anita apoyada en su brazo, el sable desnudo en la mano, lanzóse triste y cabizbajo entre la multitud a quien ya se oponía a que se llevase a la joven, que por un momento había juzgado cómplice de Carlota.  
 La pupila de Martin iba herida en la frente, su sangre corría y el joven patriota estaba reducido a la impotencia, limitándose a abrirse paso por medio de aguiña apinada multitud, mientras su pecho estaba henchido de coraje.  
 Después de una lucha de veinte minutos, los *Hijos de París* hallaron ya paso franco, no sin que les hubiese costado gran resistencia y más de una contienda parcial, que dió por resultado algunos contusos y heridos.  
 Luis Pinson era uno de los heridos y, cosa extraña, había sido salvado en el momento de mayor apuro para él, por Brunete que llevaba el traje de cantinera y nadie había osado tirar sobre los tres colores nacionales.  
 Gracias a esta circunstancia Pinson pudo conservar la esperanza de hacer pagar un día sus culpas al verdugo Lafort.  
 VI.  
 VALOR DE UNA MADRE.  
 El lector habrá de retroceder con nosotros por un pequeño esfuerzo del pensamiento, al día en que Deforgás dejó la casa de Mont-Souris, después de haber recibido de Gringalef y del Bulo la seguridad de que las órdenes que había dado con respecto a la Marquesa se habían cumplido.  
 Gringalef le había dicho: está hecho; y Gringalef, sin embargo, había mentido.  
 Deforgás, que había mandado matar a Magdalena, comprendiendo que su tranquilidad estaba por todas partes amenazada, se decía que ya no tenía por qué preocuparse de la madre de Ninón; pero los dos cancheros no habían obedecido, y no vayan a suponerse que un sentimiento de piedad los había detenido, no; su ferroz instinto era ageno a todo buen sentimiento; pero el interés, la codicia, hicieron lo que no pudo hacer la piedad.  
 Después de algunos instantes de reflexión, y bajando la escalera de las Catacumbas, Gringalef había dicho a su amigo: —¡Demonio! La verdad es que voy a ver-

—¡Oh! ese hombre morirá de mi mano, —dijo Pinson,—¡miserable! Has hecho sonreír a la que un tribunal no consiguió hacer palidecer.  
 —Marchemos,—dijo Jorge a sus amigos, —y nada tenemos que hacer aquí.  
 Y colocándose entre sus amigos, llevando a Anita apoyada en su brazo, el sable desnudo en la mano, lanzóse triste y cabizbajo entre la multitud a quien ya se oponía a que se llevase a la joven, que por un momento había juzgado cómplice de Carlota.  
 La pupila de Martin iba herida en la frente, su sangre corría y el joven patriota estaba reducido a la impotencia, limitándose a abrirse paso por medio de aguiña apinada multitud, mientras su pecho estaba henchido de coraje.  
 Después de una lucha de veinte minutos, los *Hijos de París* hallaron ya paso franco, no sin que les hubiese costado gran resistencia y más de una contienda parcial, que dió por resultado algunos contusos y heridos.  
 Luis Pinson era uno de los heridos y, cosa extraña, había sido salvado en el momento de mayor apuro para él, por Brunete que llevaba el traje de cantinera y nadie había osado tirar sobre los tres colores nacionales.  
 Gracias a esta circunstancia Pinson pudo conservar la esperanza de hacer pagar un día sus culpas al verdugo Lafort.  
 VI.  
 VALOR DE UNA MADRE.  
 El lector habrá de retroceder con nosotros por un pequeño esfuerzo del pensamiento, al día en que Deforgás dejó la casa de Mont-Souris, después de haber recibido de Gringalef y del Bulo la seguridad de que las órdenes que había dado con respecto a la Marquesa se habían cumplido.  
 Gringalef le había dicho: está hecho; y Gringalef, sin embargo, había mentido.  
 Deforgás, que había mandado matar a Magdalena, comprendiendo que su tranquilidad estaba por todas partes amenazada, se decía que ya no tenía por qué preocuparse de la madre de Ninón; pero los dos cancheros no habían obedecido, y no vayan a suponerse que un sentimiento de piedad los había detenido, no; su ferroz instinto era ageno a todo buen sentimiento; pero el interés, la codicia, hicieron lo que no pudo hacer la piedad.  
 Después de algunos instantes de reflexión, y bajando la escalera de las Catacumbas, Gringalef había dicho a su amigo: —¡Demonio! La verdad es que voy a ver-

—¡Oh! ese hombre morirá de mi mano, —dijo Pinson,—¡miserable! Has hecho sonreír a la que un tribunal no consiguió hacer palidecer.  
 —Marchemos,—dijo Jorge a sus amigos, —y nada tenemos que hacer aquí.  
 Y colocándose entre sus amigos, llevando a Anita apoyada en su brazo, el sable desnudo en la mano, lanzóse triste y cabizbajo entre la multitud a quien ya se oponía a que se llevase a la joven, que por un momento había juzgado cómplice de Carlota.  
 La pupila de Martin iba herida en la frente, su sangre corría y el joven patriota estaba reducido a la impotencia, limitándose a abrirse paso por medio de aguiña apinada multitud, mientras su pecho estaba henchido de coraje.  
 Después de una lucha de veinte minutos, los *Hijos de París* hallaron ya paso franco, no sin que les hubiese costado gran resistencia y más de una contienda parcial, que dió por resultado algunos contusos y heridos.  
 Luis Pinson era uno de los heridos y, cosa extraña, había sido salvado en el momento de mayor apuro para él, por Brunete que llevaba el traje de cantinera y nadie había osado tirar sobre los tres colores nacionales.  
 Gracias a esta circunstancia Pinson pudo conservar la esperanza de hacer pagar un día sus culpas al verdugo Lafort.  
 VI.  
 VALOR DE UNA MADRE.  
 El lector habrá de retroceder con nosotros por un pequeño esfuerzo del pensamiento, al día en que Deforgás dejó la casa de Mont-Souris, después de haber recibido de Gringalef y del Bulo la seguridad de que las órdenes que había dado con respecto a la Marquesa se habían cumplido.  
 Gringalef le había dicho: está hecho; y Gringalef, sin embargo, había mentido.  
 Deforgás, que había mandado matar a Magdalena, comprendiendo que su tranquilidad estaba por todas partes amenazada, se decía que ya no tenía por qué preocuparse de la madre de Ninón; pero los dos cancheros no habían obedecido, y no vayan a suponerse que un sentimiento de piedad los había detenido, no; su ferroz instinto era ageno a todo buen sentimiento; pero el interés, la codicia, hicieron lo que no pudo hacer la piedad.  
 Después de algunos instantes de reflexión, y bajando la escalera de las Catacumbas, Gringalef había dicho a su amigo: —¡Demonio! La verdad es que voy a ver-

—¡Oh! ese hombre morirá de mi mano, —dijo Pinson,—¡miserable! Has hecho sonreír a la que un tribunal no consiguió hacer palidecer.  
 —Marchemos,—dijo Jorge a sus amigos, —y nada tenemos que hacer aquí.  
 Y colocándose entre sus amigos, llevando a Anita apoyada en su brazo, el sable desnudo en la mano, lanzóse triste y cabizbajo entre la multitud a quien ya se oponía a que se llevase a la joven, que por un momento había juzgado cómplice de Carlota.  
 La pupila de Martin iba herida en la frente, su sangre corría y el joven patriota estaba reducido a la impotencia, limitándose a abrirse paso por medio de aguiña apinada multitud, mientras su pecho estaba henchido de coraje.  
 Después de una lucha de veinte minutos, los *Hijos de París* hallaron ya paso franco, no sin que les hubiese costado gran resistencia y más de una contienda parcial, que dió por resultado algunos contusos y heridos.  
 Luis Pinson era uno de los heridos y, cosa extraña, había sido salvado en el momento de mayor apuro para él, por Brunete que llevaba el traje de cantinera y nadie había osado tirar sobre los tres colores nacionales.  
 Gracias a esta circunstancia Pinson pudo conservar la esperanza de hacer pagar un día sus culpas al verdugo Lafort.  
 VI.  
 VALOR DE UNA MADRE.  
 El lector habrá de retroceder con nosotros por un pequeño esfuerzo del pensamiento, al día en que Deforgás dejó la casa de Mont-Souris, después de haber recibido de Gringalef y del Bulo la seguridad de que las órdenes que había dado con respecto a la Marquesa se habían cumplido.  
 Gringalef le había dicho: está hecho; y Gringalef, sin embargo, había mentido.  
 Deforgás, que había mandado matar a Magdalena, comprendiendo que su tranquilidad estaba por todas partes amenazada, se decía que ya no tenía por qué preocuparse de la madre de Ninón; pero los dos cancheros no habían obedecido, y no vayan a suponerse que un sentimiento de piedad los había detenido, no; su ferroz instinto era ageno a todo buen sentimiento; pero el interés, la codicia, hicieron lo que no pudo hacer la piedad.  
 Después de algunos instantes de reflexión, y bajando la escalera de las Catacumbas

